
Los amigos cubanos de Juárez

Rafael Rojas

Entre 1853 y 1858 convivió en la ciudad de Nueva Orleans un grupo de exiliados hispanoamericanos que, desde diversas experiencias nacionales, encontró allí un lugar propicio para trabajar a favor de sus causas políticas. El puerto de Nueva Orleans era entonces la principal plaza del comercio con La Habana y Veracruz, y aquella importante ciudad de Louisiana era uno de los grandes centros de la política sureña en Estados Unidos. Nueva Orleans funcionaba, a mediados del siglo XIX, como lugar estratégico para la comunicación intelectual y política con México y el Caribe y como una vía de acceso a la política de Washington hacia América Latina.

Los dos principales núcleos de aquella comunidad de exiliados fueron los liberales mexicanos desterrados de la dictadura de Antonio López de Santa Anna y los anexionistas cubanos deportados por la Capitanía General de la isla de Cuba. Liberales mexicanos y anexionistas cubanos tenían en común, además de la sociabilidad masónica y el credo republicano que los movilizaba contra regímenes monárquicos y despóticos, una orientación geopolítica similar, que se inscribía en la tradición de la Doctrina Monroe, bien entendida, y que los identificaba en la oposición al reino de Isabel II, entonces en transición de la “década moderada” de Ramón María Narváez (1843-1853) al “bienio progresista” (1854-1856) de Baldomero Espartero.¹ Los cubanos rechazaban a

¹ Joseph Pérez, *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 468-474; Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox, *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Espasa, Madrid, 1997, pp. 53-86. Ver, también, María Eugenia Vázquez Semandeni, “La masonería durante el periodo juarista”, en Conrado Hernández e Israel Arroyo, *Las rupturas de Juárez*, Universidad Autónoma de Oaxaca, Oaxaca, 2007, pp. 287-312.

España porque sostenía un régimen colonial y esclavista en la isla; los mexicanos, porque el trono isabelino se había alineado con la dictadura de Santa Anna y el grupo conservador que emergía con fuerza en la política de su país.

La oposición a España provocó en aquellos intelectuales y políticos una natural aproximación a Estados Unidos, aun en momentos del sensible desplazamiento de la Doctrina Monroe por la doctrina del “destino manifiesto”, que sobrevino a la guerra contra México en 1847.² El liberalismo y el republicanismo eran, entonces, referentes ideológicos más fuertes que el nacionalismo, en cualquiera de sus modalidades románticas, y unos y otros estaban resueltos a superar cualquier escrúpulo patriótico en un acercamiento conveniente al aliado estratégico y poderoso que representaba Estados Unidos. Lograr el reconocimiento y el respaldo de Washington a la causa liberal mexicana y la destrucción del orden colonial y esclavista de España, por medio de la anexión de la isla a Estados Unidos, eran objetivos complementarios para aquellos conspiradores.

Son esos los años del llamado “filibusterismo” y de la difusión de las tesis expansionistas estadounidenses por medio de la reproducción del tópico del “atraso español”.³ El exilio de intelectuales y políticos hispanoamericanos en diversas ciudades de Estados Unidos, como Filadelfia, Nueva York y Nueva Orleans, desempeñó un papel poco reconocido en la traducción y comunicación de aquellas ideas. A partir de la guerra de 1847 contra México, Estados Unidos, como han señalado Anders Stephanson y Robert Kagan, comenzó a convertirse en una “nación peligrosa” o en una potencia que no sólo protegía a las nuevas repúblicas hispanoamericanas de las monarquías europeas sino que las amenazaba con su naciente hegemonía.⁴ Los cubanos anexionistas, amigos de Benito Juárez, como veremos, no parecían conscientes de aquella amenaza.

² Anders Stephanson, *Manifest Destiny. American Expansion and the Empire of Right*, Hill and Wang, Nueva York, 1995, pp. 28-65.

³ Sobre el filibusterismo, ver Rodrigo Lazo, *Filibustering and Cuban Exiles in the United States*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill y Londres, 2005, pp. 1-20. También Gerald E. Poyo, *Con todos y para el bien de todos. Surgimiento del nacionalismo popular en las comunidades cubanas de los Estados Unidos. 1848-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998, pp. 15-49.

⁴ Robert Kagan, *Dangerous Nation*, Vintage Books, Nueva York, 2006, pp. 224-245.

LA CONEXIÓN SUREÑA

Desterrado de México, Juárez había llegado en octubre de 1853 a Nueva Orleans, ciudad donde residían desde el verano de ese año Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga, José María Mata, José María Montenegro, Manuel Cepeda Peraza, José María Gómez, José D. Zetina, Miguel María Arrijoja y otros liberales “puros”.⁵ Desde la proclamación del Plan de Ayutla, en marzo de 1854, los exiliados intentaron respaldar la revolución antisantannista desde Estados Unidos. La comunicación con los líderes de aquel movimiento, Juan Álvarez, Ignacio Comonfort y Florencio Villarreal, se inició desde el verano del 54. Sin embargo, las intervenciones concretas a favor de la revuelta liberal comenzaron en los primeros meses de 1855, cuando se creó la Junta Revolucionaria de Brownsville y cuando el enviado de Comonfort, Miguel María Arrijoja, se estableció definitivamente en Nueva Orleans.

El 28 de febrero, Juárez, Mata y Gómez escriben a Ocampo y Arriaga, quienes se habían trasladado a Brownsville, invitándolos a sumarse a la revolución. El argumento que utilizaron es más moral que político y se refiere a la condición del exilio impuesta por Santa Anna:

aparte de otras consideraciones, existe también la de nuestro propio honor, la de nuestra propia dignidad. Ustedes saben que el General Santa Anna, juzgándonos por su propio pecho, nos ha cerrado las puertas de la Patria, que ofrece abrirnos a condición de que nos humillemos a jurarle obediencia y sancionar con nuestro juramento la injusticia que ha hecho pesar sobre nosotros y sobre nuestras desgraciadas familias.⁶

Unos días después, Arriaga y Ocampo –“ateridos de frío por el norte actual”– responden a los exiliados de Nueva Orleans desde Brownsville y concuerdan con ellos en rechazar el “indulto tan impropriadamente llamado amnistía” y se ponen a sus órdenes para cualquier operativo de respaldo a la revolución.

⁵ Will Fowler, *Santa Anna of Mexico*, University of Nebraska Press, Lincoln y Londres, 2007, p. 297.

⁶ Jorge L. Tamayo, *Epistolario de Benito Juárez*, FCE, México, 1957, p. 90.

Luego de este intercambio epistolar se creó en Brownsville una Junta Revolucionaria, que sesionó durante todo el verano de 1855, subordinada políticamente al grupo de Nueva Orleans y al enviado Arrijoa. Es esa Junta la que entra en contacto con Santiago Vidaurri y los revolucionarios de Villa Aldama, Nuevo León, y la que consigue 250 pesos para financiar el viaje de Juárez a Acapulco, vía La Habana y Panamá, en junio de aquel año.⁷ Durante los 18 meses que vivió en Nueva Orleans, Juárez entró en contacto con los exiliados anexionistas cubanos, Pedro Santacilia y Domingo de Goicurúa, quienes poseían una empresa naviera con la cual exportaban reses y mulas a La Habana y Veracruz. Juárez había tenido noticias de estos conspiradores en las semanas que vivió en La Habana, entre octubre y diciembre de 1853, y sabía que a través de aquel negocio los conspiradores cubanos apoyaban las revueltas separatistas en la isla.⁸

Durante el exilio de Nueva Orleans, Juárez aprovechó la amistad con los cubanos para utilizar la misma empresa a favor de las revoluciones de Ayutla y Acapulco y para ganar apoyos a la causa liberal entre el círculo de políticos sureños, partidarios de la anexión de Cuba. Aunque no ha sido confirmado por la historiografía, es muy probable que los 4,500 fusiles, decenas de piezas de artillería y gran cantidad de municiones y pólvora que se enviaron a Acapulco, desde Nueva Orleans, en enero del 55, hayan sido transportados por un buque fletado por la empresa de Santacilia y Goicurúa.⁹ Pero no hay duda de que a través de sus amigos cubanos, Juárez conoció a publicistas y políticos sureños, como Emile La Sere, director de *The Louisiana Courier*, y el senador Pierre Soulé, un entusiasta promotor del expansionismo estadounidense.

En sus cartas a Ocampo, Juárez se muestra siempre como un exiliado atento a la llegada de cualquier barco con noticias de México. El *Orizaba* y el *Nautilus* traían ejemplares frescos de *La Abeja Poblana*, y cada mañana ojeaba *The Daily Delta* en busca de noticias sobre la revuelta liberal. En un periódico proespañol de Nueva Orleans, Juárez leyó un artículo del cónsul Valdez, diplomático destacado en esa ciudad, en el que se criticaba a los

⁷ Benito Juárez, *Documentos, discursos y correspondencia*, UAM, México, 2006, t. I, cap. V, pp. 59-60, 73-74 y 94-95.

⁸ *Ibid*, pp. 12-20.

⁹ *Ibid*, p. 36.

rebeldes antisantannistas. En febrero de 1855, comentó a Ocampo: “ya verá las lindezas que dice este aventurero contra los mexicanos que están pronunciados. Cuando haya oportunidad no deje de hacerle unos cariños”.¹⁰ Días después, la respuesta no proviene precisamente de Ocampo, sino del periódico de los cubanos anexionistas, *La Verdad*, donde, al decir de Juárez, dieron una “zurra” al cónsul antiliberal.¹¹

La intensidad del vínculo de Juárez con aquellos exiliados cubanos se confirmaría en los años siguientes. Hacia 1858, cuando las posibilidades de anexas Cuba a Estados Unidos, por medio de una expedición armada o de la compra de la isla a España, se habían agotado, Santacilia y Goicurúa, desde Nueva Orleans, comenzaron a actuar como agentes del gobierno liberal mexicano en su guerra contra los conservadores. En los primeros meses de 1858, Santacilia envió a Juárez un ejemplar de *La Verdad*, con un artículo de la editora, Cora Montgomery, a favor del reconocimiento del gobierno liberal por parte de la nueva administración del presidente James Buchanan. En junio de ese mismo año, Juárez agradece a Santacilia sus trabajos a favor del ansiado reconocimiento:

Celebro bastante que el Presidente de los Estados Unidos no esté ya resuelto a proteger al gobierno de Zuloaga, que lejos de tener algo de nacional, no es sino la expresión del partido del retroceso y los abusos, y cuyo programa consiste simplemente en esclavizar al pueblo por medio de soldados para explotarlo en beneficio propio. Y celebro tanto más esa resolución del magistrado referido cuanto ella importa a la convicción que debe tener de que el gobierno en cuestión protegerá siempre la política y los intereses europeos con preferencia sobre los americanos, que por razón natural le son siempre opuestos.¹²

Mientras Santacilia cabildeaba a favor del reconocimiento del México liberal, Goicurúa realizaba varios viajes entre México y Estados Unidos como agente de Juárez. El 6 de junio de 1858, por ejemplo, Juárez contó

¹⁰ *Ibid.*, p. 35.

¹¹ *Ibid.*, p. 39. Ver, también, *La Verdad*, año 8, 28 de febrero de 1855, Nueva Orleans, p. 2.

¹² Ernesto de la Torre Villar (coord.), *Correspondencia Juárez-Santacilia*, Secretaría de la Marina, México, 1972, pp. 1-2.

a Santacilia que Goicuría viajaba de México a Nueva York para, en coordinación con José María Mata, levantar fondos a favor de la causa liberal. En mayo de 1859, Juárez volvió a escribir a su amigo de Nueva Orleans, celebrando que Goicuría viajara a México “para que se imponga a fondo de nuestra situación y pensemos el modo de arbitrar medios eficaces que pongan término a esta guerra desastrosa”.¹³ El respaldo militar y diplomático de los gobiernos de Buchanan y Lincoln al liberalismo mexicano se debió, en buena medida, a aquella agencia de los dos amigos cubanos de Juárez. Más allá de que ambos –sobre todo, Santacilia, quien llegaría a poner residencia en México en 1861 y casarse en 1864 con Manuela, la hija de Juárez– experimentaron una acelerada mexicanización política, la conexión de la causa mexicana con la cubana pasaba por un vehemente antiespañolismo.

En dos textos poco conocidos de Goicuría, uno de su etapa reformista y otro del periodo anexionista, es posible leer la evolución de este intelectual y político cubano. En 1846, Goicuría, como el gran erudito José Antonio Saco, aún pensaba en la posibilidad de que España pusiera fin a la trata esclavista y, por medio de un aumento de la población blanca de la isla y de la renovación tecnológica de la industria azucarera, impidiera una revolución separatista de índole racial.¹⁴ Con su proyecto de colonización blanca, dirigido a la Corona, Goicuría actuaba en consonancia con el reformismo criollo que, desde los tiempos de Arango y Parreño, pedía el fin de la trata, no para acabar con la esclavitud, que era una pieza clave del sistema de plantación azucarera, sino para evitar que la población negra creciera demasiado y se repitiera en Cuba una revolución como la haitiana. Diez años después, en su manifiesto *Al pueblo de Cuba* (1855), Goicuría habría transitado de aquel reformismo a un anexionismo abolicionista y antiespañol.¹⁵ Desde esa posición el cubano hizo suya la causa liberal mexicana.

¹³ *México y Cuba. Dos pueblos unidos en la historia*, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, México, 1982, t. I, p. 115. Para la biografía de Domingo Goicuría, ver Néstor Carbonell Rivero, *Próceres*, Editorial Cubana, Miami, 1999, pp. 107-118.

¹⁴ Domingo de Goicuría, *Memorial presentado a Su Majestad por Don Domingo de Goicuría para el aumento de la población blanca y la producción del azúcar en la Isla de Cuba*, Imprenta de J. Martín Alegría, Madrid, 1846, pp. 1-20.

¹⁵ Domingo Goicuría, *Al pueblo de Cuba*, Imprenta de Hallet, Nueva York, 1855, pp. 5-15.

En el caso de Santacilia, aquel antiespañolismo llegó a expresiones de lírica elocuencia. En los poemas que forman *El arpa del proscrito* (1856) y *El laúd del desterrado* (1858) es posible leer la ideología de Santacilia en el momento del inicio de su amistad con Juárez. En el poema “Salmo de David”, por ejemplo, Cuba, la patria, aparece como una nueva Jerusalén, oprimida por la vieja Babilonia: España. Santacilia, que había sido deportado a la península por sus conspiraciones anexionistas, relata el hecho a través de una alegoría bíblica: “Y tú, Dios de justicia,/ que conoces del hombre los senderos,/ contempla la malicia/ de los hijos de Edom, de los que fieros/ a la patria querida nos robaron/ y cual esclava y mísera colonia/ cautivos nos llevaron/ a la antigua, soberbia Babilonia”. Y concluía el poema con una invocación de la justicia divina: “Castígalos, Señor, no como el bueno/ goce el malo de dulce bienandanza,/ suene terrible tu voz el trueno/ y descienda sobre ellos la venganza”.¹⁶

En otro poema, “A España”, más explícito aún, Santacilia comenzaba con cinco exergos (de *Ruinas de Itálica* de Rodrigo Caro, *A Padilla* de Manuel José Quintana, *Elegía* de José de Espronceda, *A Riego* de José María Heredia y *España artística* de José Zorrilla) en los que el imperio peninsular era descrito como un “coloso del mal”. Al poeta cubano le interesaba colocarse dentro de una tradición hispánica que, al mismo tiempo que exaltaba la lengua castellana y se identificaba con su tradición católica, rechazaba el despotismo monárquico y el colonialismo esclavista. Así, desde los primeros versos de aquel largo poema, Santacilia se presentaba como hijo de España, como heredero de su gran cultura castellana, o, más bien, como un buen súbdito español que se decepciona de su reino y abre los ojos a las masacres del ejército español contra los pueblos musulmanes de Filipinas y Marruecos que, todavía en el siglo XIX, se resistían a la evangelización cristiana:

¡Desdichada nación!- Ayer tu nombre
Llenaba con su gloria el Universo,
Hoy... olvidada vives de la historia
Que menosprecia referir tus hechos.

¹⁶ Matías Montes Huidobro (coord.), *El laúd del desterrado*, University of Houston, Houston, 1995, pp. 80-81.

¡Oh, si la frente alzarán del sepulcro
 Los que en Lepanto y San Quintín cayeron!
 ¡Como ruborizados la ocultaran,
 Al contemplar las glorias de sus nietos!
 ¡Balanguingú!, ¡Joló! ¡Las Chafarinas!
 ¡Esas glorias son del pueblo ibero!
 ¡Después de los gigantes que pasaron
 Sólo quedan... parodias de pigmeos...!¹⁷

En un tópico recurrente de la tradición antihispánica, la conquista de América es vista por Santacilia como parte de la estela de muerte y destrucción que dejaba la monarquía católica a su paso por la historia:

Y no bastando a tu poder un mundo,
 Otro mundo más grande te dio el cielo;
 Pero tus hijos crueles y feroces,
 De sangre, y oro, y de maldad sedientos,
 Las inocentes tribus de aquel mundo
 Devoraron cual buitres carniceros,
 Y mil pueblos, y mil que allí vivían,
 En tropel a la tumba descendieron...
 Cayó del Anáhuac la monarquía
 Y de los Incas sucumbió el imperio;
 Atahualpa, Canoabo, Moctezuma,
 Hatuey, Guatimozín... ¡todos cayeron!¹⁸

Finalmente, España, no sólo fue ese trono tiránico que colonizaba y esclavizaba, sino un reino que transmitía atraso y violencia a sus posesiones:

¡Sanguinaria nación! ¡Como Saturno
 Devoraste los hijos de tu seno,
 Y después cual Caín, a tus hermanos
 Sacrificaste con encono fiero.

¹⁷ *Ibid.*, p. 76.

¹⁸ *Idem.*

Como el árbol del mundo americano
 A cuya sombra que emponzoña el suelo,
 Callan las aves y la planta muere,
 Se marchita la flor y huye el insecto;
 Así también a la funesta sombra
 De tu pendón fatídico y sangriento,
 Huye la libertad, cesa la industria,
 Calla la ilustración, muere el progreso.
 Hija de los desiertos africanos,
 Parece que la mano del Eterno
 Para librar de tu contacto a Europa
 Hasta el éter alzó los Pirineos.¹⁹

El tópico del atraso español era colocado aquí en el centro de una simbología destinada a consolidar el “árbol americano” por la vía de la república liberal. A mediados del siglo XIX, cuando fue escrito este poema, la idea de homologar políticamente las dos partes del continente americano seguía siendo lo suficientemente sólida como para movilizar las políticas de los anexionistas cubanos. La labor diplomática de Santacilia y Goicurúa a favor del liberalismo mexicano, dentro de la cual habría que incluir la concepción y negociación del controvertido tratado McLane-Ocampo y el respaldo de Estados Unidos a la causa juarista, debe entenderse a partir de ese sustrato simbólico republicano, heredero del de los padres fundadores de Hispanoamérica, que persiste en identificar a España con el enemigo de la civilización moderna en el Nuevo Mundo.²⁰

CONTRA ESPAÑA

El poeta Santacilia, nacido en Santiago de Cuba en 1826, estaba familiarizado con la condición del exilio, ya que de niño había vivido el destierro

¹⁹ *Ibid.*, p. 77.

²⁰ Sobre el Tratado McLane-Ocampo y, en general, las relaciones de Juárez con Estados Unidos, ver los interesantes artículos, publicados en *Historia Mexicana*, de Richard Blaine McCormack, “Juárez y la armada norteamericana”, José Fuentes Mares, “La misión de Mr. Pickett”, y Jorge L. Tamayo, “El Tratado McLane-Ocampo”, en *Benito Juárez en la revista Historia Mexicana*, El Colegio de México, México, 2006, pp. 183-263.

de su padre por el capitán general Miguel Tacón. Desde finales de los 40, el joven Santacilia se involucró en las conspiraciones anexionistas que, a lo largo y ancho de la isla, apoyaron los proyectos expedicionarios del general venezolano Narciso López. Encarcelado y deportado en 1852, logró fugarse de sus captores en Gibraltar y emigrar a Nueva York y Nueva Orleans, las dos ciudades donde se agrupaban los cubanos partidarios de la anexión de la isla a Estados Unidos.²¹

Desde esas ciudades, Santacilia desarrolló una importante obra intelectual y política, como lo demuestran las ediciones de su poemario *El arpa del proscrito* (1856), su participación en la antología de poetas exiliados *El laúd del desterrado* (1858), la publicación, en Nueva Orleans, de sus interesantes *Lecciones orales sobre la Historia de Cuba* (1859), unas conferencias pronunciadas en el Ateneo Democrático Cubano de Nueva York, y su trabajo, junto a Gaspar Betancourt Cisneros, José Mesa, Cirilo Villaverde, Miguel Teurbe Tolón, Néstor Ponce de León, Manuel Quibús, Anacleto Bermúdez, Ramón de Palma, Juan Clemente Zenea, Cristóbal Mádam, Porfirio Valiente, Pedro de Agüero, Pedro Ángel Calderón, Lorenzo de Allo Bermúdez y los hermanos Aniceto y Antonio Iznaga, como redactor del periódico *La Verdad* (1848-1860), principal órgano de aquel exilio anexionista.²²

La Verdad había sido fundada en enero de 1848, en Nueva York, por el intelectual y político camagüeyano Gaspar Betancourt Cisneros (*El Lugarreño*) y la periodista, viajera y escritora Jane McManus Storm Cazneau, quien firmaba sus textos con el pseudónimo de Cora Montgomery.²³ McManus, hija de un político neoyorquino, se había casado con el empresario y legislador texano William L. Cazneau, quien respaldaba la expansión territorial de Estados Unidos hacia México, el Caribe y Centroamérica. Desde mediados de los 40, cuando escribía para *The New York Sun* y *The Democratic Review*, Cora Montgomery se convirtió en una de

²¹ Pablo Prida Santacilia, *Apuntes biográficos de Pedro Santacilia*, SEP, México, 1966, pp. 5-50.

²² Pedro Santacilia, *El arpa del proscrito*, Imprenta de L. Hansen, Nueva York, 1856, pp. 12-30; José María Heredia et. al., *El laúd del desterrado*, Imprenta de "La Revolución", Nueva York, 1858, pp. 73-81; Pedro Santacilia, *Lecciones orales sobre la Historia de Cuba*, Imprenta de Luis E. del Cristo, Nueva Orleans, 1859, pp. 8-42.

²³ José M. Labraña, "La prensa en Cuba", *Cuba en la mano. Enciclopedia popular ilustrada*, Úcar y García, La Habana, 1940, p. 681.

las más elocuentes portavoces de la doctrina del “destino manifiesto”, hasta el punto que, como ha documentado Linda S. Hudson, sus artículos fueron aprovechados por John L. O’Sullivan, el principal teórico de aquella estrategia geopolítica, en la escritura de los textos básicos de dicha doctrina.²⁴

Al igual que O’Sullivan, quien había respaldado la presidencia de James Knox Polk (1844-1848) y defendido la anexión del norte de México en *The Democratic Review*, a mediados de aquella década Cora Montgomery se involucró como reportera y agente diplomática de Zachary Taylor y Winfield Scott en la guerra de 1847. Luego de la invasión a México, Montgomery se interesó en el Caribe, especialmente en Cuba, y trasladó la tesis del “destino manifiesto” a esa región, argumentando que la incorporación de las islas españolas a Estados Unidos reforzarían a este país frente a sus rivales europeos. En sus viajes por la cuenca del Mississippi, el Golfo de México y el Caribe, fue anotando en un cuaderno las impresiones personales que conforman el libro *The Queen of Islands, and the King of Rivers* (1850), en el que proponía una integración comercial y política de esas tres regiones.²⁵

En el momento en que se reunieron en Nueva York y Nueva Orleans los exiliados cubanos y mexicanos, Cora Montgomery se encontraba enfrascada en otro proyecto: el estudio de la frontera sur de Texas. Sus memorias *Eagle Pass; or, Life on the Border* (1852) fueron un manifiesto contra el exterminio de indios seminoles en esa zona y, a la vez, una denuncia de los maltratos del gobierno mexicano a ciudadanos de Estados Unidos asentados en la región fronteriza.²⁶ Al entrar en contacto con aquella colonia de emigrados, esta intelectual neoyorquina, que residía entre Texas y Louisiana, encontró una aprovechable afinidad de intereses: los cubanos deseaban la anexión de la isla y los mexicanos buscaban apoyo en su lucha contra la dictadura de Santa Anna y el ascenso de la corriente conservadora.

²⁴ Linda S. Hudson, *Mistress of Manifest Destiny: A Biography of Jane McManus Storm Cazneau*, Texas State University, Austin, 2001; Robert D. Sampson, *John L. O’Sullivan and His Times*, Kent State University Press, Kent, Ohio, 2003.

²⁵ Cora Montgomery, *The Queen of Islands, and the King of Rivers*, Wood, Nueva York, 1850, pp. 7-50; Robert E. May, “Lobbyist for Commercial Empire: Jane Cazneau, William Cazneau and the U.S. Caribbean Policy, 1846-1878”, *The Pacific Historical Review*, vol. 48, núm. 3, agosto de 1979, pp. 383-412.

²⁶ Cora Montgomery, *Eagle Pass; or, Life on the Border*, Putnam, Nueva York, 1852, pp. 73-91.

Durante los dos periodos editoriales de *La Verdad*, el de Nueva York (1848-1853) y el de Nueva Orleans (1854 y 1860), ambas causas lograron entrelazarse de manera natural. En el “prospecto” del primer número, del 10 de enero de 1848, Cora Montgomery y Gaspar Betancourt Cisneros colocaron la publicación en una perspectiva “americana”, a pesar de la composición fundamentalmente cubana de la redacción. Para aquellos exiliados hispanoamericanos, la reorientación geopolítica del “destino manifiesto” implicaba más continuidades que rupturas con la Doctrina Monroe y generaba una atmósfera propicia dentro de Estados Unidos para el respaldo a las corrientes liberales y republicanas de Hispanoamérica:

Persuadidos, pues, del gran interés que tiene la América y en particular el pueblo de los Estados Unidos en la adopción de un sistema general, de un principio único, y de una política enteramente distinta de la política de Europa, nos ha parecido que el mayor servicio que pudiéramos hacer a esta causa es encargarnos de la redacción de un periódico que sólo tenga por objeto agitar esos principios, descubrir sus miras y despejar la opinión de aquellos pueblos que, por sus circunstancias particulares, se han rezagado del curso general de las ideas en América.²⁷

La línea editorial de la revista se mantuvo dentro de los márgenes de una promoción de la idea republicana a nivel continental. En este sentido, su filiación monroísta era indudable y su incorporación a la estrategia del “destino manifiesto” también, a pesar de que la misma implicara la reproducción de estereotipos raciales y civilizatorios sobre el “rezago” de Hispanoamérica y de que no pocos de sus promotores hayan sido partidarios de la guerra de 1847 contra México e, incluso, de la anexión de buena parte o todo el territorio de esa nación. El pragmatismo con que los exiliados hispanoamericanos de Nueva York y Nueva Orleans se sumaron a aquella campaña sólo puede entenderse a partir del esperado apoyo de Washington a políticas concretas, como el fin del colonialismo español en la isla o el derrocamiento de la dictadura de Santa Anna en México.

²⁷ *La Verdad*, núm. 1, 10 de enero de 1848, Nueva York, pp. 1-2.

El periódico y la imprenta *La Verdad* habían concentrado buena parte de su proyección, a través de artículos y folletos, en la crítica de las posiciones españolas en la esfera pública y diplomática de Estados Unidos. Así, por ejemplo, Betancourt Cisneros, Agüero, Mádám y Allo polemizaron con el periódico proespañol *La Crónica*, de Nueva York, y con el erudito cubano José Antonio Saco, un reformista opuesto a la anexión.²⁸ Cuando en el verano de 1849, tras el fracaso de la primera expedición de Narciso López a Cuba, el presidente Taylor, respondiendo a un comunicado del ministro de España en Washington contra el “filibusterismo” anexionista, publicó una proclama en que calificaba de “criminales en alto grado” a quienes participaran en esas incursiones, Betancourt Cisneros escribió en inglés una encendida protesta contra la posición del gobierno de Estados Unidos.²⁹

Durante los dos años siguientes, 1850 y 1851, se repitió el mismo escenario ante las dos expediciones de López: España denunciaba las conspiraciones de los anexionistas en Estados Unidos y el presidente Fillmore se desmarcaba de las acciones hostiles a la soberanía española en la isla. Como documentara el historiador cubano Ramiro Guerra, los anexionistas tenían la simpatía de importantes políticos estadounidenses, sobre todo del Sur, como los generales Jefferson Davis, Robert E. Lee, William Jenkins Worth y John Quitman, los senadores John C. Calhoun y Pierre Soulé y algunos líderes prosureños del partido demócrata como el senador de Pennsylvania, James Buchanan, y el de Illinois, Stephen A. Douglas, fundador, junto con Edwin de León, George H. Evans y el editor de *The New Orleans Delta*, Laurence Sigur, de The Young America Movement,

²⁸ Gaspar Betancourt Cisneros, *Algunas observaciones a “La Crónica” de New York*, Imprenta La Verdad, Nueva York, 1848, pp. 1-34; Pedro Agüero, *Anexión de Cuba a los Estados Unidos, o sea, algunas observaciones sobre esta importante cuestión*, Imprenta La Verdad, Nueva Orleáns, 1849, pp. 1-16; Gaspar Betancourt Cisneros, *Ideas sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos en contraposición a las que ha publicado Don José Antonio Saco*, Imprenta La Verdad, Nueva York, 1849, pp. 1-28; Cristóbal F. Mádám, *Contestación a un folleto publicado sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos, por Don José Antonio Saco, que le dirige uno de sus amigos*, Imprenta La Verdad, Nueva York, 1849, pp. 1-18; Lorenzo de Allo y Bermúdez, *Duplica a la réplica de Don José Antonio Saco a los anexionistas que han impugnado sus ideas sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos*, Imprenta La Verdad, Nueva York, 1850, pp. 1-42.

²⁹ Gaspar Betancourt Cisneros, *The United States Government has Injured the Liberty of the People of Cuba*, Imprenta La Verdad, Nueva York, 1849, pp. 1-17; Ramiro Guerra, *La expansión territorial de Estados Unidos a expensas de España y los países hispanoamericanos*, Cultural S.A., La Habana, 1935, pp. 253-255.

una facción de los demócratas, inspirada en los nacionalismos románticos europeos que promovía el expansionismo estadounidense.³⁰

En el que sigue siendo el mejor estudio del movimiento anexionista cubano, en el siglo XIX, de José Ignacio Rodríguez, se insiste en que aquel respaldo de importantes personalidades del ejército y la política no implicaba necesariamente el apoyo de Washington.³¹ En Estados Unidos había simpatías por la anexión, pero se rechazaba la idea de una revolución antiespañola en la isla y se valoraba cada vez más la posibilidad de que Madrid accediera a vender Cuba. En la expedición de López y el coronel William Critenden, de agosto de 1851, que había sido desconocida por el presidente Fillmore, fueron capturados y ejecutados en el castillo de Atarés más de 50 anexionistas, la mayoría de ellos estadounidense, sin que Washington se solidarizara con las víctimas. En marzo de 1852, *La Verdad* dedicó dos números a honrar a los “héroes” de Atarés y a criticar la complicidad de Estados Unidos con España.³²

La expansión de Estados Unidos hacia el Sur parecía ser una tendencia geopolítica irresistible, aunque cada administración cavilara sobre el método más conveniente para llevarla a cabo. Es por ello que, en 1852, Washington rechazó la propuesta de Gran Bretaña y Francia de firmar un compromiso en el que por respeto a España la gran república renunciara a cualquier intento de adquisición de Cuba. Con el ascenso de Franklin Pierce a la presidencia, la idea fue retomada en su versión mercantil o diplomática, no revolucionaria, tal y como puede constatarse en las famosas conferencias de Ostende, en octubre de 1854, entre los ministros

³⁰ Ramiro Guerra, *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, Cultural S.A., La Habana, 1935, pp. 251-261. Ver también Jonatan Eyal, *The Young America Movement and the Transformation of the Democratic Party. 1828-1861*, Cambridge University Press, Nueva York, 2007; Robert E. May, *Manifest Destiny's Underworld: Filibustering in Antebellum America*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2002; Robert E. May, *The Southern Dream of a Caribbean Empire*, University of Florida Press, Gainesville, 2002.

³¹ José Ignacio Rodríguez, *Anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos de América*, Editorial Cubana, Miami, 2001, pp. 131-162 y 452-453.

³² *La Verdad*, núm. 100, 20 de marzo de 1852, Nueva York, pp. 1-3; *La Verdad*, núm. 101, 30 de marzo de 1852, Nueva York, p. 2. Ver también Gaspar Betancourt Cisneros, *Cuba y su Revolución. Vindicación de la conducta de los cubanos durante los últimos sucesos de Cuba*, La Verdad, Nueva York, 1851, pp. 1-20; O. A. Brownson, *España y los Estados Unidos. Las expediciones piráticas de ciudadanos americanos contra la Isla de Cuba, y las relaciones entre Estados Unidos y España que de aquellas han resultado*, Imprenta “La Crónica”, Nueva York, pp. 1-32.

de Estados Unidos en Madrid, Pierre Soulé, en Londres, James Buchanan, y en París, J. Y. Mason, quienes intentaron convencer a sus contrapartes europeas de que el interés de Washington en Cuba era irrenunciable por la cercanía natural de la isla y el crecimiento del comercio estadounidense en las Antillas.³³ En un famoso despacho del secretario de Estado Everett, dirigido a sus homólogos europeos, se decía:

Si una isla como Cuba, perteneciente a España, estuviese situada en la boca del Támesis, o en el Sena, y viniesen los Estados Unidos a proponer a la Gran Bretaña o a Francia, una convención como la que esas naciones proponen ahora a Estados Unidos, no se podría ocultar por un momento a los respectivos gobiernos, que la renuncia por parte de Washington de toda idea de apoderarse de aquella era poco seria.³⁴

En esa coyuntura Juárez conoció a Santacilia en Nueva Orleans. Como se percibe en la evolución editorial de *La Verdad*, los anexionistas cubanos intentaban entonces adaptarse a la idea de que, tras la ejecución de López y Critenden, cualquier respaldo a la anexión por parte de Washington sería con la condición de que la vía para la incorporación de la isla fuera diplomática o mercantil.³⁵ Algunos folletos de aquellos años, como la respuesta de Cirilo Villaverde a Saco, la invitación de Porfirio Valiente a los peninsulares de la isla a sumarse a la anexión por las ventajas materiales que obtendrían, los manifiestos de Ambrosio José González, Cristóbal Mádám y Domingo Goicurúa y el panfleto sobre la esclavitud de Lorenzo de Allo, demuestran un desplazamiento del discurso anexionista hacia el imperia- lismo económico.³⁶ Los anexionistas cubanos seguían honrando a sus

³³ José Ignacio Rodríguez, *op. cit.*, pp. 166-194; Ramiro Guerra, *op. cit.*, pp. 263-280.

³⁴ *Ibid.*, p. 172.

³⁵ *La Verdad*, núm. 131, 30 de enero de 1853, p. 2; *La Verdad*, 1853 (año 6), 30 de diciembre, p. 1; *La Verdad*, 1854 (año 7), 30 de noviembre, p. 3.

³⁶ Cirilo Villaverde, *El Señor Saco con respecto a la revolución de Cuba*, Imprenta La Verdad, Nueva York, 1852, pp. 1-21; Ambrosio José González, *Manifest on Cuban Affairs Addressed to the People of the United States*, Daily Delta, Nueva York, 1853, pp. 1-26; Porfirio Valiente, *La anexión de Cuba y los peninsulares en ella*, Imprenta de José Mesa, Nueva York, 1853, pp. 1-28; Lorenzo de Allo y Bermúdez, *La esclavitud doméstica en sus relaciones con la riqueza*, Imprenta de José Mesa, Nueva York, 1854, pp. 1-14; Cristóbal Mádám, *Llamamiento de la Isla de Cuba a la nación española por un hacendado*, Imprenta de Esteban Hallet, Nueva York, 1854, pp. 1-4; Domingo Goicurúa, *Al pueblo de Cuba*, Imprenta de Esteban Hallet, Nueva York, 1855, pp. 2-4.

mártires y arreciaban la propaganda abolicionista, pero comenzaban a apartarse del camino de la revolución.³⁷

El involucramiento que Santacilia y Goicuría alcanzaron en la causa liberal mexicana, contra Santa Anna, contra los conservadores, contra la intervención francesa y contra el Imperio de Maximiliano, está relacionado con el fin de las expediciones anexionistas a Cuba. La ideología de ambos seguía siendo profundamente antiespañola, como se percibe en los poemas de Santacilia, pero el fin de los movimientos revolucionarios les permitió entregarse con mayor intensidad a otras políticas vecinas. Esa confluencia de intereses produjo, a mediados del siglo XIX, que aquellas políticas errantes de Hispanoamérica, en las que diversas identidades nacionales se borraban o superponían, siguieran reproduciéndose por medio de la conspiración, la diplomacia y el exilio. ❧

³⁷ Gaspar Betancourt Cisneros, *Addresses Delivered at the Celebration of the Third Anniversary in Honor of the Martyrs for Cuban Freedom*, Sherman Wharton and Co., Nueva Orleáns, 1854, pp. 1-8.